

RIVA AGÜERO, EL MAESTRO

Por Pedro Benvenuto Murrieta

Porque destaca la figura de don José de la Riva Agüero como auténtico Maestro, reeditamos este artículo, que subraya en magnífico lenguaje, sus cualidades de guía y su perenne actitud de enseñanza. Agradecemos, pues, a los directores de "Punto y Coma" esta amabilidad.

LOS directores de "Punto y Coma", que dedican todo un número extraordinario a honrar la memoria de Don José de la Riva Agüero y Osma, conocedores de mi vieja y afectuosa amistad con el Maestro y de mi fervorosa e íntegra adhesión a sus doctrinas, han tenido la bondad de solicitarme un artículo. Accediendo a tan gentil invitación, vencido apenas el dolor amistoso y patriótico que me abate, escribo las presentes brevísimas líneas sobre algunos aspectos solamente de la personalidad de Riva Agüero y como un simple anticipo del estudio meditado y extenso que, Dios mediante, pienso redactar en torno de la figura y la obra de quien ya es uno de los símbolos más preclaros de la peruanidad, par en su órbita y en su época de nuestros héroes y de nuestros santos.

Se han recordado mucho en estos días, con el encendido elogio que merecen, su memoria prodigiosa, su opu-

lenta erudición, su proficua labor de historiador, su luciente prosa de estilista perfecto, su gallardía insuperable de adalid, su carácter de gran señor, munífico y sencillo, majestuoso y afable, su patriotismo señero, su altísimo valor moral y sus virtudes de ejemplar hijo sumiso y reverente de la Iglesia Romana. En cambio, se ha tratado poco o con menor entusiasmo de su perenne actitud de guía y enseñanza, de su bendita intransigencia y de la exacta concordancia entre sus ideas y sus obras, rarísimas cualidades que lo consagraron auténtico Maestro. De ellas quiero decir algo en esta ocasión, procurando animarlo con el mismo espíritu de claridad sincera y práctica utilidad con que Riva Agüero alentaba sus escritos.

Riva Agüero es el más grande pensador peruano de todos los tiempos. Su genial pensamiento político y social brilla muy por cima del agregio de Don Bartolomé Herrera y del descarriado y nocivo de González Prada. La poderosa inteligencia trascendente que el Cielo le había concedido vivía en constante original producción, sin desperdiciar ninguna oportunidad.

No hay carta, informe, artículo o discurso de Riva Agüero que no sea una magnífica lección. En cualquier documento suyo se hallan enseñanzas como en obediencia a evangélico precepto. ¡Y expuestas con qué alteza! De su

cristiana hondura manaba la enseñanza con natural autoridad que nunca ofendía, sin la suficiencia del pedante que impone, sin el afán del propagandista que desagrada. ¡Y escritas con qué estilo, pues en Riva Agüero toda página resulta de antología literaria y de crestomatía ideológica!

No editó el maravilloso polígrafo muchos libros pero sus trabajos cortos suplen esa deficiencia. El vulgo, repetidor de la censura erudita, le reclamaba que escribiese una historia completa del Perú, y no advertía que a través de sus opúsculos (que tantos ni hojeaban porque los suponían meras piezas de literatura de circunstancias), no dispersa sino repartida, no incompleta sino de veras concisa, iba dejándola muy avanzada. ¿No son acaso su **Lima española y Algunas reflexiones sobre la época española en el Perú** un enjundioso compendio informativo y crítico, panorámico y fundamental de la vida virreinal? ¿Dónde está la monografía que aventaje en documentación y profundidad a los discursos de Riva Agüero sobre la pintura, el derecho y la música en nuestro país? ¿Y sus artículos o discursos en que, expresa o incidentalmente, habla sobre Amarilis, el Padre Hojeda, Don Pedro Peralta, el Conde de la Granja, Don Ricardo Palma, los Pardos y Don Emilio Gutiérrez de Quintanilla no ofrecen por ventura los mejores cuadros de casi todos los estadios y tendencias de nuestro proceso literario? ¿Y ese valioso y no considerado dictamen en que juzgó los textos de Historia Nacional y Economía Política no refuta cumplidamente, al recontar los más difundidos errores y calumnias de aquéllos, gran parte de la leyenda negra que aún circula en desprestigio

de la organización económica, social y religiosa de nuestros siglos virreinales?

¡Y cuánto ha enseñado en su aménísima conversación! La misma actitud de asombro que embargaba al interlocutor hacía fácil y segura la transmisión. Generoso y comprensivo con los jóvenes, ejercitaba también el magisterio del estímulo, el impulso y la corrección.

De ahí que lógicamente donde mejor pudo realizar los diversos aspectos de su noble misión fué en la hoy Pontificia Universidad Católica del Perú. A los dos meses de su regreso al país, en Octubre de 1930, publicaba su valiente y justísimo artículo **La Universidad Católica y el monopolio universitario** para defender a esta institución. En esos momentos de crisis, en ese ambiente anticlerical preñado de amenazas, las autorizadas palabras de Riva Agüero salvaron la indispensable libertad académica y con ella a la Universidad que había fundado el apostólico celo del Padre Dintilhac.

Dos años después, ya en el cuerpo docente, Riva Agüero fué el principal orador del almuerzo de camaradería entre catedráticos y alumnos de la U. C., el primero de estos simpáticos actos que se han hecho tradicionales de ese claustro. Su magnífica improvisación de aquel día deslumbró a todos por su fortaleza y hermosura y sus frases sirvieron de programa. En 1933, y en su condición de Ministro, clausuraba el año lectivo con un discurso emocionado y magistral, doblemente importante por el valor espiritual y la investidura del orador, discurso en el cual desarrolló las ideas del antedicho artículo.

Cada día tornábase más íntima su vinculación con la Universidad Católica, a la que llamó foco de salud y reden-

ción. Figura familiar en sus claustros, no sólo por las estupendas clases de Civilización Prehistórica que dictó en 1937 y sus intervenciones como objétante en varios grados doctorales de Letras, sino por su colaboración en la Revista, su concurrencia a todas las públicas ceremonias, sus alocuciones en diversas fiestas y su calidad de Miembro del Consejo Superior, organismo directivo en que representaba últimamente al Arzobispado.

De la Católica ha salido el núcleo más ferviente de cabales admiradores de Riva Agüero, con los que intensificó su amistad en charlas casi diarias a raíz del ataque de los izquierdistas sanmarquinos al Dr. Belaunde. En su Aula Máxima pronunció el postrimer discurso de su vida, espléndida oración, cuyo texto aún no se ha publicado íntegramente; su último escrito, el que interrumpió la muerte, contestación de un reportaje para *El Perú en cifras*, era para, entre otros objetos, exaltar los fines de la Universidad Católica, a la que cedería sus honorarios por colaborar en el mencionado libro; y la única gala que decora dignamente la severa pobreza de su mortaja franciscana en la cerrada tumba es la insignia de Catequístico de esa Universidad.

Natural, pues, que haya sido tan profundo en los estudiantes de la Universidad Católica el dolor por el fallecimiento de su Maestro; por eso reclamaron para sí la exclusiva honra de cargar el ataúd desde la Recoleta hasta la Catedral en imponente cortejo que nunca había contemplado la ciudad, y de envolverlo en la bandera gualda y nieve de su claustro...

Con razón se ha afirmado que el qui late rey de su espíritu fué su cond-

ción batalladora y su briosa decisión para defender sus principios. Sí, lo que todos denominan la **intransigencia** de Riva Agüero, a la que nadie añade el complemento que la aclara: **con lo malo**. He aquí la nota esencial, la mejor característica de Don Jesé, y, al propio tiempo, su ejemplo más digno de permanecer y su actitud más cristiana. A Don Juan Montalvo — que militó en el opuesto bando — pertenece una sugestiva reflexión: “Jesucristo perdonaba, no toleraba”. Riva Agüero, que conocía bien la doctrina que profesó sin regateos, podía dirigir admoniciones intransigentes, cristianísimas, como las que contiene su precioso discurso en el Centro limeño de Juventud Católica, disertación de evidente actualidad peruana: “Esas claudicaciones melifluas (se refiere a la de ciertos creyentes tibios y cobardes) llevan a verdaderas apostasías; se hacen o menudo incurriendo en los errores que condena el *Syllabus* que está vigente... Ciñámonos a lo que por excelsa tradición y altísima enseñanza nos está prescrito y no nos importe que nos motejen de intolerantes. La tolerancia suele ser pusilanimidad y relajación. Sin cierta intolerancia, nada fuerte puede nacer, nada estable subsistir. Hasta los libros santos nos ordenan que hemos de indignarnos contra el mal; y en los mansísimos Evangelios, nos dice el Señor que no ha venido a traer la paz y la unión a la tierra, sino la guerra, la desunión y el fuego”.

En todas sus actividades públicas y privadas, que resumió el título de sus opúsculos *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*, la completa concordancia de opiniones y de obras coronó brillantemente su firmeza y valor. Sus campañas — unas victoriosas, otras por des-

ventura perdidas, — en pro de la con-
 quitectónicos e históricos; sus prácticas
 servación de nuestros monumentos ar-
 religiosas, públicas y solemnes; su in-
 superable lealtad con los amigos; su ca-
 llada protección caritativa de los me-
 nesterosos; todo argüía su plena y con-
 secuencia sincera. Rara intransigencia
 con lo malo y admirable consonancia de
 doctrina y praxis, muestra de su fe y
 caridad, constituyen la máxima ense-
 ñanza del Maestro.

Y por todo ello no fué unánime du-
 rante su vida el coro de alabanzas ni
 elevado el tono de las críticas a su pro-
 ceder y persona. En la envidia y en la
 ira del que se siente reprochado, están
 las fuentes de todo cuánto se ha dicho
 contra Riva Agüero. El homenaje fú-
 nebre (¡tardío reconocimiento!) encu-
 bre hoy ruboroso el torrente de calum-
 nias e insultos canallescos, burlas ple-
 beyas y bajunas, torcidas interpreta-
 ciones que desbordaron los mendaces y
 los sectarios, los frenéticos y los arri-
 bistas, los impíos y los ignorantes. No
 disimulemos esa verdad. De todos ellos
 aguardaba Riva Agüero el explicable a-
 taque, aun más, lo exigía, y cuando de
 algún órgano de la prensa amarilla no
 le saltaron con las acostumbradas y a-
 nónimamente acometidas, exclamó: "Debo
 de estar portándome mal cuando no me
 atacan..."

A sus enemigos les hería la induda-
 ble superioridad en todo, el valor úni-
 co, la viril reciedumbre para confesar
 sus propios errores y la altivez para re-
 nunciar veneras que lucían pero no
 honraban.

A sus detractores les indignaba el
 señorial desdén, la ironía compasiva, el
 cordialísimo católico perdón.

Los vulgares, rebaño siempre cre-

ciente, no entendían los ideales de Ri-
 va Agüero, ni su sereno arrojo ni su
 consciente y humilde respeto por lo no-
 ble y sagrado. ¡Quedaban tan lejos es-
 tas actitudes suyas del temor reveren-
 cial del mitayo incaico y de la insolencia
 libertina del mulato manumiso, ex-
 tremos entre los que oscilan sin cono-
 cer justo medio tantos infelices nues-
 tros, ora primates y encumbrados, ora
 míseros y proletarios!

Parecidas causas tuvo la incompre-
 nsi3n de quienes alguna vez lo siguieron
 o acompañaron sin la decisi3n que se
 merecía él como jefe o camarada. Mu-
 chos de sus amigos y compañeros de
 brega temían su valor. Hechos a la só-
 lita transacci3n convenenciera, al disi-
 muló falaz, a la complacencia medrosa,
 temblaban ante la posibilidad de dichos
 y acciones. Le mezquinaban una frase
 clara y expresiva, un objetivo adecuado
 a la realidad, una de esas "cosas exa-
 geradas o arcaicas de Riva Agüero"
 que les trajese distinción en los cam-
 pos, intensidad en la pugna. Con fre-
 cuencia, se quejaba él — amarga y di-
 cazmente — de quienes, timoratos no
 de Dios mas de los hombres, en mani-
 fiestos, notas o memoriales de una em-
 presa común que le había tocado redac-
 tar, le enervaron el sentido y la supri-
 mieron vigor y colorido a la cláusula.

Existió la consigna de presentarlo co-
 mo un adversario de las reformas so-
 ciales en favor de los pobres, de esos
 pobres cuyo inopia y desgracia creó la
 aplicaci3n económica y política de las
 teorías liberales que precisamente Riva
 Agüero combatió. Para el enterado de
 los escritos y la conducta de Don José
 no guarda eficacia la mentirosa espe-
 cie. Para el resto hubiera podido Riva
 Agüero escribir una **Rectificaci3n ne-**

cesaria, tan justificada como la que publicó hace unos meses para desmentir la aseveración del yanqui Ricardo Pattee que exhibía como enemigo del Perú Incaico al historiador que lo analizó con sabiduría singular, cariño entrañable y justicia luminosa. Sin hablar de sus limosnas, sin quebrantar el silencio que les dió mérito, podría haber aducido su labor ministerial, su amparo a los grupos de trabajadores sanamente orientados, numerosos artículos y hasta discursos, como los que pronunció al inaugurarse la irrigación de Siguan, las casas para obreros y los refectorios escolares. Fué el colmo: presentar como explotador al cristiano practicante que inspiraba su idea y emoción sociales en los Evangelios y en la vibrante Epístola de Santiago.

Ha muerto Don José de la Riva Agüero. Sus admiradores, discípulos y amigos retemplemos, en tan lamentable hora, nuestra fe, esperanza y amor en la idea a cuya defensa él — verbo y ejemplo — nos empujaba. Aprendamos del colosal dechado virtudes y doctri-

nas; imitémoslo con celo y discreción; difundamos sus escritos, y sacrifiquemos todo por la causa que él supo encarnar y por el Perú, nuestra amada patria para la cual pedía a Dios Riva Agüero con tierna entonación de lírico religioso: "Tú conoces Señor, muy bien que en los peruanos ha habido siempre más debilidad que malicia y más flaqueza que pertinacia. La novedad los alucina; la facilidad los alborota, los seduce y los pierde... En las difíciles pruebas de que a nadie eximes, en los futuros e inevitables combates por tu fe, tu causa y tu nombre, concédenos el denuedo y la constancia, el gozoso espíritu de resolución y de firmeza. Cura estos fluctuantes corazones. Destierra de ellos la vanidad y la pequeñez, la ligereza y la imprevisión, la pereza, la envidia y el egoísmo, las rencillas y los odios. Vigoriza a esta nación dócil, infundiéndonos a todos austeridad, abnegación y perseverancia, hábito de sacrificio, prudencia y perspicacia, para descubrir los sofismas de la impiedad y los embustes del mal; y para así cumplir sin desmayo los deberes que nos incumben como individuos religiosos y como Estado católico".